



Ángel de Saavedra Rivas

## La vuelta deseada

Romance Primero

Entre aquellos olivares  
que Torreblanca domina  
y ciñen de un lado y otro  
el camino de Sevilla,  
por un atajo atraviesa,<sup>5</sup>  
para llegar más de prisa,  
una carretela verde  
con una gran baca encima;  
toda cubierta de barro,  
tableros, muelles y viga,<sup>10</sup>  
de barro seco y reciente  
y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,  
que en torno lodo salpican,  
en humo y sudor envueltos<sup>15</sup>  
de ella presurosos tiran.

Y del postillón las voces  
con que los nombra y anima;  
del látigo los chasquidos,  
que los acosan y hostigan;<sup>20</sup>

el son de los cascabeles,  
y el de las ruedas que giran  
rápidas, tras sí dejando  
dos huellas no interrumpidas;  
forman estruendo confuso,25  
y que viene posta avisan  
a los carros y arrieros  
que hacia un lado se desvían.

Dentro de la carretela  
un hombre aún joven camina,30  
que revuelve a todos lados  
la desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna  
de su patria a las delicias  
después de vagar seis años35  
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla  
en cuantos objetos mira,  
y en árboles, tapias, lindes,  
dulces memorias antiguas;40

lo pasado y lo presente  
anudando va, y delira  
entre esperanzas risueñas  
y entre ya pasadas dichas.

\*

Trastornos, persecuciones,45  
desventuras, injusticias,  
en sus más floridos años  
le arrancaron de Sevilla,  
abandonando riquezas,  
hombres, nombre y familia,50  
y dejándose allí el alma  
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno  
de toda la Andalucía;  
y por sus luengas pestañas,55  
por su apacible sonrisa,  
por los graciosos hoyuelos  
que avaloran sus mejillas,  
por su cuerpo primoroso  
y por sus formas divinas,60  
por su gracia y su talento,  
y su modestia expresiva,  
el hechizo de los hombres,  
de las mujeres la envidia.

Dieciséis años contaba,65  
cuando Vargas, ¡alta dicha!,  
logró conmover su pecho  
y agitar su alma sencilla;  
al par que el amable joven

ardió en la pasión más viva,70  
al mirar a una doncella  
tan inocente y tan linda,

En sus puros corazones  
creció desde la hora misma,  
y el trato y correspondencia75  
acrecentó en pocos días

un primer amor de aquellos  
que las estrellas combinan,  
amor que de dos personas  
el Destino eterno fija.80

En los lazos de himeneo  
a unirse dichosos iban  
con el aplauso felice  
de sus contentas familias;  
cuando se alzó tronadora85  
la borrasca embravecida  
que, ¡infelices!, confundiólos  
del infortunio en la sima.

\*

Seis años, ¡oh cuán eternos!,  
Vargas por tierras distintas90  
huyó infelice, luchando  
del Destino con las iras,  
sin encontrar de consuelo  
ni de esperanza mezquina,  
un solo sueño de noche,95  
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades  
estatuas le parecían,  
las ciudades opulentas  
que el orbe orgulloso admira,100  
desiertos... ¡Ay!, pero puede  
feliz llamarse en sus cuitas,  
venturoso en su destierro,  
fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia105  
en el pecho de Jacinta,  
que la distancia y el tiempo  
al que es verdadero, afirman.

De cuando en cuando se cruzan  
papeles que lo acreditan,110  
cartas trazadas con llanto,  
cartas con el alma escritas.

## Romance Segundo

Todo en el mundo es mudable,

ni el bien ni el mal son eternos;  
la apacible primavera<sup>115</sup>  
sigue al riguroso invierno;  
a la oscura noche el día  
y a la borrasca que al cielo  
empañó con densas nubes  
y asustó con rudos truenos,<sup>120</sup>  
la calma serena y pura.  
Así suelen a los tiempos  
de desventuras y llantos  
seguir de paz y consuelo.  
Del Rin en la orilla helada,<sup>125</sup>  
abrumado de sí mismo,  
Vargas proscripto gemía  
su fortuna maldiciendo;  
cuando noticias recibe  
de que la patria le ha abierto<sup>130</sup>  
las puertas..., júzgalo, absorto,  
ilusión de su deseo;  
mas Jacinta se lo escribe,  
y cuanto ella dice, es cierto.  
Otra carta..., de la madre<sup>135</sup>  
de Jacinta..., que al momento  
vuele a Sevilla, le ruega,  
en donde dará himeneo,  
el día de su llegada,  
a tan constante amor premio.<sup>140</sup>

\*

No la paloma, que presa  
llora en doloroso encierro,  
si acaso un resquicio mira,  
tiende apresurado el vuelo  
hacia el palomar y nido,<sup>145</sup>  
en donde vio el sol primero;  
ni el torrente, a quien contuvo  
el malecón interpuesto,  
en cuanto lo encuentra roto,  
se arroja a su antiguo lecho,<sup>150</sup>  
y por él se precipita  
hacia la mar, que es su centro,  
tan veloces como Vargas  
corre, sin tomar resuello,  
a Sevilla; los instantes<sup>155</sup>  
son para él siglos eternos.  
Montes, llanuras, ciudades,  
ríos, Estados diversos  
atrás deja, y los caballos  
de tardos acusa y lentos.<sup>160</sup>  
Ya salva las altas cumbres  
del nevado Pirineo;

entra en España, ya escucha  
la lengua de sus abuelos  
¿Qué importa? Ni un solo instante<sup>165</sup>  
retarda su raudo vuelo.  
Halla a cada paso amigos,  
halla intereses y deudos;  
no se para, corre, corre,  
que tiene en Sevilla puesto<sup>170</sup>  
su afán y hasta que descubra  
la Giralda no hay sosiego.

\*

Apenas ha quince días  
que en las márgenes del Reno  
de su Jacinta la carta<sup>175</sup>  
leyó, juzgándolo sueño,  
y los caños de Carmona  
ve a su siniestra creciendo,  
y al frente la antigua puerta,  
para él la puerta del Cielo.<sup>180</sup>

Cualquiera mujer que mira  
en mantilla y de paseo,  
que es Jacinta que le espera,  
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña<sup>185</sup>  
y en otra que ve más lejos...  
Jacinta fuera de casa  
está, sí; sale a su encuentro.

Era en punto mediodía;  
entra por fin, y molestos<sup>190</sup>  
los guardas el carruaje  
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,  
porque le detengan menos;  
«corre»; al postillón le grita,<sup>195</sup>  
y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles  
echa pestes y reniegos  
a cada lenta carreta,  
a cada corro interpuesto,<sup>200</sup>  
que a templar el paso obliga  
de los caballos ligeros,  
y anheloso a verse llega  
de la ciudad en el centro.

\*

Oye de fúnebres cantos<sup>205</sup>  
el triste son desde lejos;  
se aproxima, y por la calle  
que va a tomar, un entierro  
pasa. Con hachas de cera,  
pobres, vestidos de negro,<sup>210</sup>

van de dos en dos; los siguen  
las cofradías; a lento

paso un féretro se acerca,  
de un blanco paño cubierto,  
con una palma y corona<sup>215</sup>  
de blancas flores... Agüero

terrible, que es de doncella  
principal y de respeto  
el funeral le parece...

Hierve taciturno el pueblo<sup>220</sup>

en derredor. Manda Vargas,  
turbado con tal encuentro,  
que tome por otra calle  
al postillón. Revolviendo  
éste los caballos, torna<sup>225</sup>  
por un callejón estrecho,  
y a la calle ansiada llega  
después de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones  
está, mostrando en sus gestos<sup>230</sup>  
sorpresa de que en tal día  
llegue a la casa un viajero.

\*

Párase la carretela;  
la puerta está abierta, yermos  
el ancho portal y el patio;<sup>235</sup>  
reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea,  
corre a la escalera presto,  
de ella por un lado y otro  
de cera advierte un reguero<sup>240</sup>  
reciente. Veloz la sube,  
abre la mampara... ¡Cielos!  
Colgada está la antesala  
en redor con paños negros.

Enlutada una gran mesa<sup>245</sup>  
mira colocada en medio,  
y en sus cuatro ángulos arden,  
sobre cuatro candeleros  
de plata, cándidas velas  
consumidas casi; el suelo<sup>250</sup>  
cubren deshojadas flores,  
siempre vivas y romero.

¡Dios!... ¡Pobre Vargas! Absorto,  
sin voz, sin alma y en hielo  
convertido, ni respira.<sup>255</sup>

Ojos cual los de un espectro  
gira en derredor; se ahoga  
sin respiración su pecho.

Volviendo en sí un corto instante,

oye llorar allá dentro;260  
cuando se abre lentamente  
una puerta que, al momento,  
se cierra, y un sacerdote,  
que por ella sale, lleno  
de lágrimas el semblante265  
(de dar en vano consuelo  
viene a una madre infelice),  
queda inmoble a Vargas viendo;  
Vargas le mira, y no alienta;  
mas tras de breve silencio,270  
rompe al cabo, y le pregunta  
con un angustiado esfuerzo:  
«¿Dónde está?» Quedóse helada  
su lengua. Fáltale aliento  
al turbado sacerdote,275  
y con agitado aspecto  
alza el rostro, y levantando  
la diestra, señala al cielo.  
Vargas le comprende; arroja  
un alarido de infierno;280  
huye veloz; la escalera  
baja delirante, ciego;  
nada ve, corre cual loco  
por las calles, y muy presto  
desaparece. En Sevilla285  
la noticia cunde luego  
de su llegada; le buscan  
sus amigos y sus deudos.  
Todo, todo en vano; algunos  
dan señas de que le vieron290  
junto a la Torre del Oro,  
cuando el sol ya estaba puesto.

\*

En un remanso, que forma  
el Guadalquivir, no lejos  
de Gelves, a las dos noches295  
unos pescadores vieron,  
a la luz de escasa luna,  
de un joven ahogado el cuerpo  
vestido aún. Procuraron,  
compasivos, recogerlo;300  
pero al llegar con la barca  
y al agitar con los remos  
el agua, veloz corriente  
llevó el cadáver. Suspensos  
Siguiéronle un corto rato305  
con los ojos, y muy presto  
fue leve punto en las aguas,  
y de vista lo perdieron.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

